



Reflection from Fr. Joey Evangelista, MJ

True greatness is not measured by the brute force we wield, but by our service to the poor. Greatness, on its own, is not something one should aspire to. When we do, we often end up ruining the lives of others, whether intentionally or not. The true measure of greatness is found in the God of Jesus. From the creation of the world to the present, God has worked through historical events, various peoples, and ultimately through His Son, Jesus Christ, and the Church. This divine action can be described as selfless self-giving, much like a spring that incessantly gushes water or a mother who tirelessly cares for her child.

Much of the world is in turmoil because people are selfishly aspiring to greatness. Their actions betray the idyllic visions they claim to champion. They openly and shamelessly declare that their goals will benefit everyone and eliminate suffering. They defend their actions by claiming to protect people from enemies that clearly do not exist. Any criticism is immediately attacked and dismissed as harmful and dangerous, with no evidence to support these claims.

The worldly vision of greatness is often built on oppression and is fleeting. Any attempt to disguise or prolong it only leads to even more suffering and destruction. This form of greatness is the antithesis of God's dream for humanity and all of creation. Today's psalm shows us what God's greatness looks like: it's based on helping the poor. God steps forward to become the parent of orphans, the defender of widows, and the provider of homes for the forsaken. On parched land, God provides abundant rain to restore it to health. God's greatness gives life; it does not destroy it.

As children of God, we are invited to be like God. The first reading from the Book of Sirach affirms this: "Conduct your affairs with humility and you will be loved more than a giver of gifts. Humble yourself the more, the greater you are and you will find favor with God." This shows that true greatness in this life can only be achieved by serving the poor. Greatness isn't an end in itself, which is the case for worldly greatness. Instead, true greatness is achieved by being selfless, like God.

This is the whole point of the parable in the gospel reading. Seeking high positions in human society doesn't achieve true greatness because, in truth, there will always be someone else who is "greater." Therefore, let us not seek greatness for ourselves. Rather, we should take the lowest place, which means working to serve the needy: the orphan, the widow, the forsaken, the immigrants, and the earth. Furthermore, Jesus challenges us to make this personal: "When you hold a lunch or a dinner, do not invite your friends or your brothers or your relatives or your wealthy neighbors... rather, when you hold a banquet, invite the poor, the crippled, the lame, the blind." When Jesus challenges his listeners to transform family celebrations into acts of service, he means for the effort of helping the needy to be an integral part of how they live their lives, not just an act done when it is convenient. A life lived in selfless service to the poor is the true measure of greatness.

There are many people and groups who claim to be concerned about our welfare and that of our community. They would like us to trust them and allow them to lead us to what they believe is greatness. However, our readings today show us what true greatness is. It isn't about wielding power, but about selflessly serving the poor in the way of Jesus Christ.

Reflexión del Padre Joey Evangelista, MJ

La verdadera grandeza no se mide por la fuerza bruta que ejercemos, sino por nuestro servicio a los pobres. La grandeza, por sí sola, no es algo a lo que uno deba aspirar. Cuando lo hacemos, a veces terminamos arruinando la vida de los demás, ya sea intencionalmente o no. La verdadera medida de la grandeza se encuentra en el Dios de Jesús. Desde la creación del mundo hasta el presente, Dios ha obrado a través de acontecimientos históricos, diversos pueblos y, en última instancia, a través de su Hijo, Jesucristo, y la Iglesia. Esta acción divina puede describirse como una entrega desinteresada, muy parecida a un manantial que brota incesantemente o a una madre que cuida incansablemente de su hijo.

Gran parte del mundo está en crisis porque las personas aspiran egoístamente a la grandeza. Sus acciones traicionan las visiones idílicas que dicen defender. Declaran abierta y descaradamente que sus objetivos beneficiarán a todos y eliminarán el sufrimiento. Defienden sus acciones alegando que protegen a las personas de enemigos que claramente no existen. Cualquier crítica es inmediatamente atacada y descartada como dañina y peligrosa, sin pruebas que respalden estas afirmaciones. La visión mundana de la grandeza se basa a veces en la opresión y es efímera.

Cualquier intento de disimularla o prolongarla solo conduce a más sufrimiento y destrucción. Esta forma de grandeza es la antítesis del sueño de Dios para la humanidad y toda la creación. El salmo de hoy nos muestra cómo es la grandeza de Dios: se basa en ayudar a los pobres. Dios da un paso adelante para dar su auxilio a huérfanos y viudas, y proveedor de hogares para los desvalidos. Dios colmó su pueblo de sus favores y habitó su rebaño en la tierra. La grandeza de Dios da vida; no la destruye.

Como hijos de Dios, estamos invitados a ser como Él. La primera lectura del Libro de Sirácida lo afirma: "En tus asuntos procede con humildad y te amarán más que al hombre dadivoso. Hazte tanto más pequeño cuanto más grande seas y hallarás gracias ante el Señor". Esto muestra que la verdadera grandeza en esta vida solo se puede alcanzar sirviendo a los pobres. La grandeza no es un fin en sí misma, como es el caso de la grandeza mundana. En cambio, la verdadera grandeza se alcanza siendo desinteresado, como Dios.

Este es el sentido de la parábola de la lectura del evangelio. Buscar altos cargos en la sociedad humana no alcanza la verdadera grandeza porque, en realidad, siempre habrá alguien más "grande". Por lo tanto, no busquemos la grandeza para nosotros mismos. Más bien, debemos ocupar el lugar más bajo, lo que significa trabajar para servir a los necesitados: los huérfanos, las viudas, los abandonados, los inmigrantes y la tierra. Además, Jesús nos desafía a hacerlo personal: "Cuando des una comida o una cena, no invites a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a tus vecinos ricos... al contrario, cuando des un banquete, invita a los pobres, a los lisiados, a los cojos y a los ciegos". Cuando Jesús desafía a sus oyentes a transformar las celebraciones familiares en actos de servicio, significa que el esfuerzo de ayudar a los necesitados debe ser una parte integral de su forma de vivir, no solo un acto que se realiza cuando es conveniente. Una vida dedicada al servicio desinteresado de los pobres es la verdadera medida de la grandeza.

Hay muchas personas y grupos hoy que dicen preocuparse por nuestro bienestar y el de nuestra comunidad. Quieren que confiemos en ellos y les permitamos guiarnos hacia lo que ellos consideran grandeza. Sin embargo, las lecturas de hoy nos muestran lo que es la verdadera grandeza. No se trata de ejercer el poder, sino de servir desinteresadamente a los pobres al estilo de Jesucristo.